



Las fronteras de la sexualidad en el psicoanálisis

Sergio Lewkowicz

Me gustaría empezar agradeciendo a la coordinación científica de la Fepal por la oportunidad de participar en este panel con amigos tan queridos y de muchos años.

Empiezo con una cita de Roland Barthes: *“Nosotros necesitamos al arte para impedir que lo real sea destruido dos veces: una por la violencia de la historia y la otra por un discurso que generalice, explique y esencialize”*.

Tenemos que tomar en cuenta que las bases teóricas del psicoanálisis han sido concebidas en la cultura de la modernidad y que, tal vez, sean insuficientes para trabajar con las configuraciones y sufrimientos de la postmodernidad, cultura en la que estamos inmersos. Sabemos que la teoría psicoanalítica está forjada en la cultura de la época como revelan los Tres Ensayos sobre Sexualidad de Freud (1905). Pese a que Freud describe el desarrollo de la psicosexualidad para llegar a la genitalidad con la resolución del conflicto edípico a través de la heterosexualidad y la reproducción, él también presentó una concepción de la sexualidad infantil como bisexual y polimorfa que fue disruptiva y revolucionaria para la cultura de esa época. Las concepciones teóricas sobre Edipo se desarrollaron mucho después de Freud, como por ejemplo, el narcisismo de Edipo o el rol de los padres de Edipo, cuando lo rechazan y el desamparo que le provocan. Creo que uno de los grandes retos para la teoría psicoanalítica del Siglo XXI es encontrar nuevas concepciones que puedan ayudarnos a comprender las presentaciones del género y de orientación sexual contemporáneas.

La crítica principal que los antropólogos, sociólogos y otros pensadores le hacen al psicoanálisis es el hecho de que las teorías psicoanalíticas se han mantenido normativas, particularmente héteronormativas con relación a la sexualidad. A partir de los años 60, con el movimiento feminista y la liberación sexual en la cultura occidental, se fue dando una apertura con relación a la sexualidad. Autores como Deleuze y Foucault pasaron a cuestionar la idea de la identidad estable y universalizante. Crítica que se fue ampliando a partir de la década de 80 con los estudios *queer*, pero que sólo recientemente se están incorporando a nuestras teorías.



Mi impresión es que el psicoanálisis no acompañó este cambio de la manera de entender la sexualidad. Al seguir enfocada con su tendencia normativa, acabó cerrándole las fronteras a la diversidad sexual tanto en la teoría, como en la práctica analítica con sus pacientes. De la misma manera en la formación analítica, cerrando las puertas de las instituciones psicoanalíticas a las personas con diversidad sexual y de género.

Los analistas sólo empezaron a abrirse a esta nueva visión de lo singular en oposición a lo normativo, con relación a la sexualidad, más recientemente. Un ejemplo de ello es la manera como la homosexualidad fue y todavía es encarada por algunos analistas: como perversión o, más a menudo, como inmadurez del desarrollo de la psicosexualidad.

Con relación a lo social, por lo menos en 86 países de todo el mundo, se criminalizan a los homosexuales y los grupos congéneres; sea con prisión o inclusive con la pena de muerte. Por otro lado, también tenemos que tomar en cuenta los países donde las identidades de género y orientación sexual no son criminalizadas como en Brasil, pero que tiene el mayor número de asesinatos de transexuales en el mundo.

Estos datos muestran como la homofobia y la transfobia aún están diseminadas por el mundo entero. El planteo es ¿por qué hay una resistencia tan violenta contra las manifestaciones de las diversidades de género y de orientación sexual?

Intentar comprender estas resistencias en las instituciones psicoanalíticas y también adentro de uno mismo ha sido un verdadero desafío.

La sexualidad nos desestabiliza y nuestras teorías pueden ser consideradas insuficientes para los fenómenos de la sexualidad que impactan hoy día. El riesgo es intentar aplicar nuestras ideas ya conocidas para dar cuenta de estas presentaciones diversas, diferentes de lo que logramos articular teóricamente hasta ahora y funcionar como el diván de Procusto, considerando que todo lo que no cabe adentro del espacio teórico es patológico.

Un estudio encargado por L'Obs (2019) en Francia, muestra que de la población entre 18 y 44 años el 14% se consideran como no binarios y con más de 45 años, el índice pasa a ser del 8%. Entre los tipos de identidad de género que son homologados por la Academia Francesa encontramos: transgénero, bigénero, intergénero, género fluido, agénero, género neutro, pangénero, andrógino, y así más.

Volviendo a la cita de Barthes, yo pienso que las teorías psicoanalíticas aún presentan una tendencia de hacer generalizaciones y normatizar la sexualidad. Nuestras teorías, desde Freud, muestran una dualidad: por un lado se apoyan en el binarismo y en la heteronormatividad, y por el otro presentan



una comprensión más compleja de la psicosexualidad, pero asimismo tienden a normatizar.

He tenido la oportunidad de acompañar a tres mujeres homosexuales en mi consultorio y concluí que aun con una elección objetal por parejas del mismo sexo, las tres mujeres son muy diferentes, con familias, con configuraciones muy distintas, presentaciones diversas y con sufrimientos diferentes en la búsqueda de sus tratamientos. Cada una de ellas es singular y tiene que ser escuchada en su singularidad.

Estas presentaciones diversas justamente no se pueden generalizar y están siempre escapándose de que las definiciones las enyesen. Como destaca Julia Kristeva en el reciente congreso de la IPA en Londres, el 2019, no podemos generalizar sobre lo femenino, tenemos que considerar cada femenino en su singularidad.

¿Cómo podemos pensar la resistencia de los psicoanalistas con la diversidad sexual?

Pienso que Bion (1970) puede ayudarnos a comprender una parte de esta resistencia cuando describe las reacciones del rechazo del *establishment* con las ideas nuevas y con las personas que cargan estas ideas. Lo nuevo, lo desconocido moviliza intensas reacciones, tanto de las instituciones como de nuestras mentes, incluyendo también las instituciones y las teorías psicoanalíticas.

Pienso que lo primero a enfrentar en nosotros, analistas, es nuestra actitud hacia el contacto emocional con las nuevas presentaciones de la orientación sexual y de género, es decir, nuestra contratransferencia.

Tenemos que intentar repensar nuestras teorías a partir de la escucha de las personas que viven y expresan su sexualidad e identidad de género fuera de los modelos de la binaridad y de la heterosexualidad. Individuos que sólo ahora estamos pudiendo reconocerles la existencia y que pueden buscar nuestros consultorios.

Muchas configuraciones sexuales actuales no son nuevas y siempre estuvieron presentes en la historia de la humanidad. Sin embargo, pienso que son nuevas en la visibilidad y en sus reivindicaciones de respeto, comprensión y acogida.

Pienso que uno de los grandes planteos actuales es cuánto somos capaces de “tolerar”, de “sustentar” un campo analítico con pacientes tan fluidos, mutables, cambiantes e indefinidos.

Desarrollar un proceso analítico con estos pacientes nos moviliza reacciones que desconocemos. Especialmente para la mayoría de nosotros que



se siente cómoda en la cisheteronormatividad. ¿Cómo nos llevamos con lo “abyecto” (Kristeva), lo “extraño” (Freud) que cargamos en nosotros mismos y que se perturba en el contacto con estos sujetos?

Pienso que podemos hacer un esfuerzo consciente para evitar nuestros prejuicios con estos pacientes, pero sutilmente, inconscientemente nuestra contratransferencia puede dejarnos al revés, un *bies* con relación a las nuevas configuraciones de género y orientación sexual. Todavía tendemos a atribuirle el sufrimiento del paciente a su “desvío sexual”, una tendencia a patologizar todo lo que se desvía de la cisheteronormatividad, muchas veces re traumando al paciente. Lo importante en destacar es que nunca estamos neutros en esta evaluación. Y por este camino ya contamos con producciones importantes como Deleuze, Foucault, Butler y Preciado, entre otros. En el área del psicoanálisis, me gustaría destacar las ideas de Jean Laplanche, Julia Kristeva, Michel Tort y el trabajo que se está llevando a cabo en América Latina por Letícia Glocer de Fiorini con sus aportes sobre lo femenino, la diferencia sexual y el complejo de Edipo; y de Patrícia Porchat con sus estudios sobre transexuales en Brasil.

Pienso que la mejor brújula para orientarnos siempre es el sufrimiento psíquico de las personas, independientemente de su identidad de género y de orientación sexual. Para eso, tenemos que dejar de guiarnos por nuestras resistencias y tendencia a normatizar; al contrario, tenemos que dejarnos afectar por las múltiples presentaciones, como colores del arcoíris, para poder efectivamente tratar al ser humano específico y único que buscó nuestra ayuda. Sólo lo lograremos si podemos pasar de lo normativo a lo singular en nuestra área, como ya logramos en otras disciplinas.